

FÁTIMA PORTELA CARPINTERO

Atención y amor en educación. El juego de las distancias

Cuando alguien me pregunta sobre qué estoy escribiendo, trato de explicar que a lo que me dedico estos días es a pensar la educación como atención y, a la vez, como acto de amor. Además, me gusta decir que las y los que nos dedicamos a la educación tratamos de “ver cosas” en las personas con las que trabajamos donde los demás no ven nada.

Es curioso cómo el conversar acerca de los propios pensamientos ayuda a clarificarlos y nos conduce siempre más allá. Así, me di cuenta de que mi manera de entender la educación, ese tratar de “ver cosas” donde los demás no ven nada, no está muy alejado del pensamiento pedagógico de Simone Weil, quien en sus últimas reflexiones afirma que la atención debe ser el único fin de la enseñanza. Esta idea me fascinó desde un primer momento, lo que me llevó a leer el libro donde aparece: *La gravedad y la gracia*.¹ Pienso que merece la pena darle vueltas a algunas de las ideas allí recogidas. La relación que Simone Weil consigue entablar con quien la lee, a través de su escritura íntima y lúcida, no debería dejar a nadie indiferente. Y eso es lo que me mueve a escribir, la pasión por una mujer que trató de vivir, pensar y morir con la más absoluta libertad. Ahora trataré de dar algún sentido a las ideas surgidas de la lectura de este libro y otros² en cuanto al tema del amor y la atención en educación.

Mi primera gran conclusión es que quien se dedique a esto, primero, ha de hacerlo porque es su deseo, y segundo, ha de estar atento o atenta.

Atención y deseo, dos cuestiones que Simone Weil liga y además añade una tercera: consentimiento. Pero, ¿qué quiere decir esto del consentir desde una perspectiva educativa? Yo pienso que significa dejarse decir cosas por quien tienes delante. Una forma determinada de escucha y una forma determinada de mirar. Pero también una forma determinada de estar.

Quien educa, puede “estar ahí” de muchas formas. En las instituciones de educación y en la vida, hay quien está desde lo experto. Habla como entendido o entendida de la educación y, en realidad, no se cree nada de lo que está diciendo y se va a casa sin pensar lo que hace. Es un estar sin estar, porque es un estar sin cuerpo, como diría María Zambrano, sin “encarnar” lo que se dice.

Hay quien está y se cree lo que está diciendo. Lo piensa, y lo mantiene. Son los y las que hablan desde una posición de verdad. Lo que pasa es que, muchas veces, creerse tanto lo que uno mismo dice nos hace ciegos y sordos ante los demás. Lo que pasa, es que muchas de estas personas se creen lo que dicen pero no actúan en consecuencia. Por lo tanto, otra forma de estar sin estar.

Y por último, hay quien se dedica a la educación y trata de estar ahí siendo consecuente con lo que dice y piensa. El pensar y la acción se encarnan en un ser y un cuerpo. No hay más que afinar la vista y el oído para darse cuenta. Ana Mañeru lo relata así: “Cuando era capaz de no separarme en dos, la que es y la que enseña, lograba estar entera en clase y notaba, aunque no supiera decirlo que se daba un acuerdo entre el cuerpo y la palabra, un bienestar que producía felicidad en clase”.³

Además, Ina Praetorius habla de *la filosofía del saber estar ahí*.⁴ Un concepto cuyo origen reside en las capacidades que sirven para dar sentido a la vida cotidiana. Uno de los puntos de referencia de su reflexión tiene que ver con la *forma de estar* propiamente dicha y se refiere a la *pasividad* como algo positivo. Veamos, yo entiendo la pasividad en el estar ahí como exposición; dejar que algo te pase. Ina Praetorius la entiende como la libertad de la dependencia: la libertad que te otorga saber que en la vida,

inevitablemente, siempre nos relacionamos con alguien. El reconocer que nuestro *estar ahí* es en relación (es *con* el otro y *con* la otra) nos hace más libres. Por eso, me atrevo a añadir el adjetivo *dulce* a la palabra dependencia. Yo diría más bien la libertad en la *dulce* dependencia.

Según Simone Weil el *estar ahí* sería un estar atenta a “la distancia que hay entre lo que se es y aquello que se ama”;⁵ sería un estado de contemplación y apertura al mundo. Sería como una espera del mirar, hasta que brote de esa distancia la luz.⁶ Quizás, ese “ver cosas” de la educación del que hablaba al comienzo, no sea más que esto, el poder contemplar y disfrutar lo que la distancia nos regala.

Y lo que se aprende estando atenta a esa distancia, quizás no es más que la alteridad, la radical otredad del otro. El darse cuenta de que educar es también liberar al otro de nosotros mismos y dejarle ser en la *dulce* dependencia. Un aprendizaje de la relación de alteridad que comienza en el momento mismo del nacimiento, con las madres, y que carece de sentido si no hablamos de amor; porque “la creencia en la existencia de otros seres humanos como tales es un acto de amor”.⁷ Las relaciones de alteridad (como educar) han de ser un acto de amor porque, de lo contrario, ignoramos a aquella y aquel que no soy yo, nos olvidamos de *dejar ser*.

Así, para el ejercicio de la atención en las relaciones de alteridad no hay más que echar un vistazo a lo que una ya tiene, se trata de un saber que “se trae de casa”, como dice Ana Mañeru en el libro *Educación, nombre común femenino*.⁸ Una experiencia educativa viva y con sentido que procede del orden simbólico de la madre donde se aprende lo esencial: el amor, la relación, la escucha, la lengua y el saber descifrar lo que el cuerpo quiere decirnos. No podría expresarlo yo mejor que Núria Pérez de Lara cuando escribe en el mismo libro que “olvidar ese saber es haber perdido el sentido de educar, ese sentido que todos y todas hemos encontrado sin saberlo, y necesitamos seguir encontrándolo, en el saber de las madres, en el orden materno con que hemos entrado en este mundo y que este mundo, fundamentado exclusivamente, en el conocimiento y alejado del amor se ha empeñado en ocultar, negando así, la verdadera aportación de las mujeres

al mundo, el saber del amor".⁹

Amor y educación. Relacionar estos dos conceptos produce a veces escepticismo, al igual que pensar la educación como atención. ¿Por qué esta reacción? Quizás porque sabemos que cuando amamos, y educamos, somos capaces, incluso, de llegar a confundirnos con el ser amado. Quizás, por temor a ese "modo compasivo de amar"¹⁰ que impide que el acto educativo se dé. Educar no es solamente un acto de amor, pero no concibo un acto educativo sin un componente de amor. El amor sí cabe en la educación porque, dice Simone Weil, "amar puramente es consentir en la distancia, es adorar la distancia entre uno y lo que se ama".¹¹

Otra vez Simone Weil hace que dirijamos nuestra mirada a la relación de alteridad y a la distancia, una distancia que separa pero sobre todo une. La distancia, un espacio entre dos o más, que lejos de estar vacío, está lleno de diferencias y similitudes donde intuyo senderos transitables. Acabo de recordar la película *El hijo* de los hermanos Dardenne. Esta es una película sobre las distancias, sobre la distancia que mantiene un hombre, Olivier, quien enseña un oficio a Francis, el asesino de su hijo. Lo hace porque quiere, aunque no sabe porqué. El propio oficio de aprendiz de carpintero es lo que los une y separa. Necesita entender por qué lo mató. Es lo que permite a Olivier continuar. Francis es para Olivier el único nexo que queda con su hijo muerto y Olivier es para Francis la posibilidad de construir algo a partir de un oficio. Olivier es un torbellino de emociones encontradas y sin salida, se contiene, se contiene mucho. No toca a Francis. No sabe qué hará si lo toca, es mejor no probar. Distancia. Sólo cuando el chico está a punto de caerse de la escalera vence la hostilidad que tiene hacia el contacto. Le sostiene, le toca. Toda una lección de pedagogía. Luego, continua manteniendo la distancia.

Al igual que amar, el acto educativo en esencia es único. Ambos tienen algo de enigmático. No sabemos cuánto dura, no sabemos bien cómo se produce ni por qué, pero lo cierto es que cuando amamos y educamos siempre lo hacemos en relación. Otra vez la libertad en la dependencia de la que antes hablábamos. Esa *dulce* dependencia es el disfrute mismo de la

relación de alteridad. En educación y en la vida “el conocimiento, la cultura, necesita de la relación para adquirir vida, necesita encarnarse, de nuevo y cada vez. Porque el conocimiento surge, procede de la relación viva de un hombre o de una mujer con el mundo. Y esa relación original necesita y requiere ser activada cada vez. Porque no es el mundo lo que nos presenta el conocimiento, sino la relación de alguien con el mundo”, son palabras de Nieves Blanco.¹² Estas palabras colocan a la relación en el lugar que considero debe ocupar en la transmisión del saber. Una transmisión que depende implícitamente de una relación, de un vínculo, una distancia que a la vez, y por suerte, une y separa.

notas:

1. Simone Weil, *La gravedad y la gracia*. Barcelona: Trotta, 2007.
2. Gracias, Núria y Jorge, por vuestras sugerencias.
3. Anna Maria Piussi, Ana Mañeru, (coords.), *Educación, nombre común femenino*, Barcelona: Octaedro, 2006, p. 73.
4. Ina Praetorius, “La filosofía del saber estar ahí”, *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, núm 23. (2002), pp. 99-101.
5. Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, p. 154.
6. *Ibid.*, 156.
7. *Ibid.*, 106.
8. Anna Maria Piussi, Ana Mañeru, (coords.), *Educación, nombre común femenino*, p. 69.
9. Núria Pérez de Lara, “El otro y la otra; lo otro”, en Anna Maria Piussi, Ana Mañeru, (coords.), *Educación, nombre común femenino*, p. 196-197.
10. *Ibid.*, 190.
11. Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, p. 107.

12. Nieves Blanco, "Saber para vivir", en Anna Maria Piussi, Ana Mañeru, (coords.), *Educación, nombre común femenino*, p. 180.

Fecha de recepción del artículo: mayo de 2008. Fecha de aceptación: junio de 2008.

Palabras clave:

Educación. Atención – Amor – Deseo – Consentimiento – Filosofía del estar ahí.

Key words: Education – Attention – Love – Desire – Consent – Philosophy of being there.